

«EL EMPALAO»

Pedro MONTALVO

En el presente artículo, a pesar de que el título se refiere a una manifestación concreta de las varias que se realizan en el pueblo de Valverde de la Vera durante la festividad del Jueves Santo, voy a procurar, aun centrándome en ella, tratar también las otras que se realizan, por encontrar en ellas un valor de tradición y simbología.

La festividad de la tarde del Jueves Santo, en Valverde de la Vera se inicia con la misa. Poco antes de ponerse el sol se desarrolla la procesión comunitaria del pueblo. Me interesa destacar de ella la dicotomía existente entre las personas que a ella asisten. La generalidad de la masa participa movida por el carácter tradicional, al igual que lo podrían hacer con cualquier otra actividad social de común asistencia. Por el contrario, en esta gente es curiosa la pervivencia en estos pequeños pueblos de fervores exacerbados, atribuibles en su mayoría a mujeres de edad avanzada. Me sería imposible no citar, debido al asombro y la impresión que me produjo, la presencia de una mujer que con la cara tapada con un velo, descalzos los pies, y con cadenas atadas a la cintura, avanzaba detrás de la procesión, procurando evitar la presencia de los allí reunidos. (¿Qué motivos inducirían a esta mujer a realizar estas milenarias y ya casi desaparecidas prácticas religiosas?)

Acabada ya la procesión y entrada la noche, se iniciará el impresionante ritual del «Empalao», con el vestimiento de éste. Hacia las once se encierran en sus casas los que más tarde han de realizar la dura «mandá» o promesa y se inicia la primera parte del proceso. Este se pone en primer lugar unas enaguas que le cubren las piernas y son de tela blanca. Seguidamente un viejo del lugar, experto en estos menesteres por llevar años realizándolo, le ata la soga al cuerpo desnudo, partiendo de la cintura. Esta tiene que estar bien apretada, ya que de estar floja engancharía la carne produciendo dolorosas heridas. Los brazos le son atados a un largo timón de arado que reposa sobre sus hombros, igualmente con sogas, colgando de ellos más tarde largas tiras de encaje o tela, y las vilortas o abrazaderas de hierro. La cara le es cubierta por un velo, y sobre la cabeza se le coloca una corona de flores blancas de tela. Finalmente le atan detrás de ésta unas espadas cruzadas, quedando ya listo el empalao para iniciar su andanza.

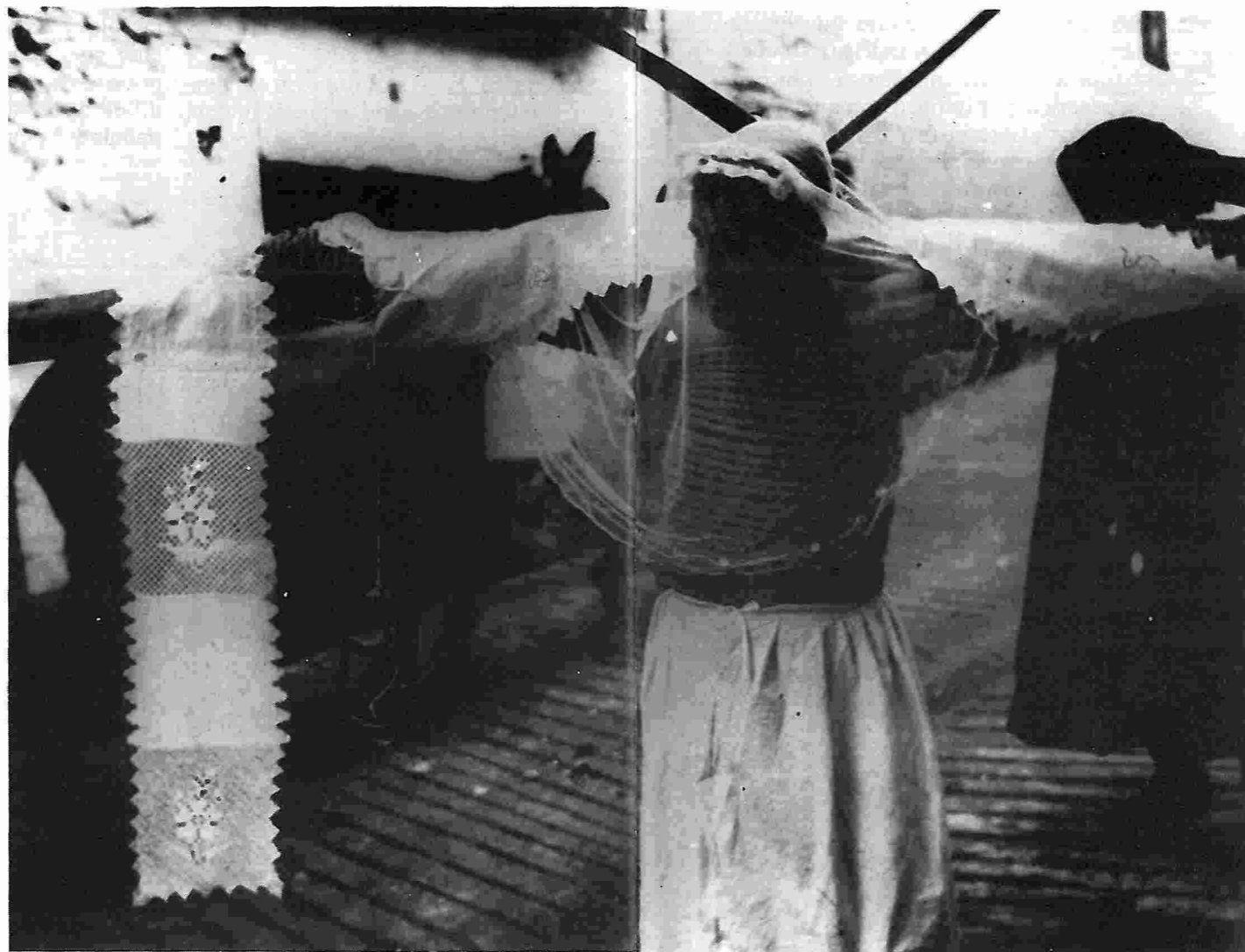
Al dar las campanadas de la iglesia las doce, salen de sus casas de uno en uno para comenzar el duro Viacrucis, pareciendo más fantasmas y seres sobrenaturales que personas humanas. Les acompañan uno o dos cirineos cubiertos por una manta y portando un candil, que tiene como finalidad el iluminar el camino a sus pies descalzos y ayudarles en caso de caída.

Las catorce cruces que tienen que recorrer se extienden a lo largo de todo el pueblo. En cada una de ellas tienen que arrodillarse y rezar una pequeña oración, postrando igualmente la rodilla en tierra cada vez que se cruzan con otro de los varios penitentes que recorren el pueblo. Terminado el recorrido retornan a las casas de las que han partido, dando comienzo la última y más dura de las pruebas que han de sufrir, el desvestirse. Tras quitarle el velo, corona y colgantes, se empieza a desatarle los brazos, los cuales después de quitada la soga permanecen aún pegados al palo, hasta que poco a poco, tras mucho frotárselos, logran devolverles el movimiento. Es angustioso el gesto de dolor, que se produce en el rostro de éste, mientras se le intenta hacer volver a fluir de forma normal la sangre por las venas de sus brazos enrojecidos, casi en carne viva por el áspero roce padecido. Seguidamente se le quita la soga del cuerpo, apareciendo igualmente maltratado y cogiendo posteriormente color amarillado.

Estuvimos hablando a continuación con uno de los protagonistas, el cual nos dijo que lo había hecho por una promesa y que ya era la quinta vez que lo hacía. Nos llamó profundamente la atención el que fuera una persona culta, con carrera, y que vivía en Madrid. Preguntándole que cómo era que realizaba este tipo de prácticas religiosas que podrían parecer anticuadas y desfasadas. Nos contestó que le movía una fe profunda, y que estaba convencido de la validez de este tipo de creencias en un mundo materializado como el nuestro. Nos dijo también que él no era católico practicante, lo cual es interesante, pues muestra el rompimiento entre los dos componentes de la religión católica, la honda fe popular y las normas impuestas por las autoridades religiosas, prácticas que generalmente van vinculadas.

También hay que hacer mención de la intervención de elementos femeninos en esta noche del Jueves Santo, en el cual las mujeres recorren el citado Vía Crucis vestidas de Nazarenos. Su atuendo esta compuesto de un hábito morado, un velo del mismo color cubriéndoles el rostro y una corona alrededor de su cabeza. Llevan igualmente los pies descalzos y cargan sobre sus hombros una cruz de madera de un metro y medio de longitud aproximadamente.

Tristemente, no me queda más remedio que comentar el ambiente tan impropio que rodea esta fiesta de recogimiento y penitencia. Su turistización ha llegado a tal punto, que la ha convertido en un carnaval, según las propias palabras de una de las mujeres del pueblo parece el «peropalo». Incluso ha llegado el caso de que una televisión extranjera pagara a uno de los penitentes por su «actuación». Realmente es triste y denigrante que en este mundo en el



que nos ha tocado vivir hasta las creencias populares se comercializan.

El origen de esta fiesta citada nos es desconocido. Se puede decir con seguridad que es anterior al 1600, pues de esta fecha es el libro existente en la parroquia de la Cofradía de la Pasión de Cristo antecesora de la actual Cofradía del Empalao, en la cual se ve que para esa fecha estaba ya muy extendida, no sólo en este pueblo, sino también en los vecinos. Sobre las causas que pueden inducir a la formación de esta práctica religiosa no se ha encontrado ningún documento o texto que nos pueda dar alguna pista, pudiendo ser desde una herencia de la tradición penitente medieval hasta una reparación colectiva por una falta, o la acción de gracias por algún bien recibido por la comunidad, como por ejemplo el haberle librado de alguna epidemia...

Para comprender esta celebración, voy a tratar de dar una rápida ojeada a las prácticas penitenciales en el mundo cristiano. En primer lugar las causas por las que se realizan son dos principalmente, como ya he citado: la acción de gracias por beneficios sobrenaturales bien recibidos de la Divinidad directamente o por medio de un santo, y en segundo lugar en reparación de culpas, ya sean propias o ajenas.

La antigüedad de estas prácticas en nuestra religión se remota al Antiguo Testamento. Vemos cómo en varios pasajes se cita que los judíos se vestían de saco, para mortificar su cuerpo, y se cubrían la cabeza con ceniza como penitencia. La práctica penitente permaneció durante los primeros cristianos, logrando su apogeo en el medievo, especialmente en la época de la Peste Negra, durante la cual bajo el dominio del terror se formaron multitud de grupos de penitentes que se dedicaron a recorrer los pueblos de Europa predicando la automortificación como única vía de salvación. Estas prácticas se han conservado hasta nuestros días. Aunque en los últimos años han ido desapareciendo, todavía se puede conseguir en las tiendas de objetos religiosos cilicios y disciplinas, a parte ya de las órdenes religiosas que las siguen teniendo en sus reglas.

«Empalao» de Valverde de La Vera en el día de Jueves Santo

